

LA POLÍTICA EXTRAVIADA EN LA VENEZUELA DE LOS AÑOS 90: ENTRE RIGIDEZ INSTITUCIONAL Y NEO-POPULISMO

ROSALY RAMÍREZ ROA

UNIVERSITÉ DE LA SORBONNE NOUVELLE, PARIS III (FRANCIA)

Pretendemos teorizar la crisis de la democracia venezolana. Nos interesa comprender el origen y la naturaleza de los líderes y los movimientos anti-políticos (años 90); especialmente la llegada al poder del ex-coronel Hugo Chávez Frías y su "revolución pacífica bolivariana". Sugerimos dos niveles de análisis. Primero, observaremos la dinámica de la "democracia de partidos" (1958). Un sistema de partidos funcional se convirtió en una "oligarquía política". El movimiento neo-populista de H. Chávez surge en oposición a esta última y a su manera de hacer política. Segundo, pensamos que Venezuela no constituye un caso aislado. Desde un punto de vista global, el neo-populismo de H. Chávez podría encontrar una explicación en los cambios sociales, políticos y económicos a nivel mundial.

Durante las últimas cuatro décadas del siglo XX, Venezuela fue conocida como un país excepcional en la región latinoamericana. Desde el final de los años 50, la inestabilidad política y las dictaduras militares cedieron su lugar a un sistema democrático estable e institucionalizado, así como a una relativa paz social. En las páginas que siguen nos proponemos observar, sin embargo, que la excepción venezolana fue ante todo una "ilusión de armonía"¹. Veremos que el fenómeno neo-populista, representado por Hugo Chávez Frías, ha sido en gran medida la expresión de varios factores convergentes: de defectos que nacieron con la misma democracia desde 1958, del paso desde una "democracia de partidos" hacia una "partidocracia"; además de los resultados mediocres de los sucesivos gobiernos en materia social y económica. Todos estos elementos están al origen de una creciente desafección ciudadana hacia la política y lo político, lo cual se ha traducido a su vez en: un importante aumento de los niveles de abstención, un apoyo creciente de la población a candidaturas extra-partidos, así como la desinstitucionalización progresiva del sistema de partidos. Adoptando una perspectiva neo-institucional e histórica, daremos una importancia particular a la disfunción del sistema de partidos, como principal variable explicativa de la crisis de la democracia en Venezuela.

En una segunda parte analizaremos la llamada "revolución pacífica bolivariana", en marcha desde 1998-99, tras la llegada al poder de Hugo Chávez Frías. Este último ha venido promocionando un modelo de democracia plebiscitaria, en abierta oposición con el modelo de democracia representativa existente desde 1958. Finalmente, creemos que el fenómeno neo-populista que caracteriza

¹ Naim, y Piñango (1984).

la política venezolana de fin siglo aparece vinculado no solamente con un problema en el funcionamiento de las principales instituciones democráticas, sino con las transformaciones sociales, políticas y económicas que estamos viviendo desde hace algunos años a nivel mundial.

I. ACIERTOS Y DESACIERTOS DE LA DEMOCRACIA VENEZOLANA: LA GESTACIÓN DEL NEO-POPULISMO DE HUGO CHÁVEZ (1958-1993).

El último régimen dictatorial de origen militar en la historia política venezolana (1948-1952) fue derrocado por una movilización cívico-militar, el 23 de enero de 1958. Una vez terminada la dictadura, las negociaciones emprendidas por la élite política tuvieron como objetivo principal evitar a toda costa el regreso de los militares al poder, pero sobre todo, lograr el mayor apoyo posible de la diversas fuerzas sociales hacia el proyecto democrático. Se trató, por una parte, de asegurar y de defender un mínimo de entendimiento que garantizase el funcionamiento de la democracia representativa; y por la otra, de evitar que los conflictos políticos y sociales se convirtieran en antagonismos irreconciliables que pusieran de nuevo en peligro la experiencia democrática naciente. El 31 de octubre de 1958 fue firmado el "Pacto de Punto Fijo", un arreglo institucional que constituyó el "acto fundador" de la democracia venezolana². Debido a la vocación integradora del más amplio número de fuerzas vivas, en el marco de un modelo rentista de distribución de "petrodólares", el régimen político venezolano nacido en 1958 fue conocido como un "sistema populista de conciliación de élites"³.

Varios aspectos fundamentales establecidos por tal acuerdo permitieron la modernización política del país y la consolidación de la democracia durante varias décadas⁴. Por una parte, está el establecimiento de reglas del juego no mayoritarias que pudieran eventualmente constituir una amenaza para los intereses de ciertos grupos. Asimismo, en los sucesivos acuerdos institucionales fueron incluidos aquellos actores que habían aceptado los parámetros de cooperación y de competición electoral establecidos en 1958, a cambio de beneficios económicos y sociales importantes de parte del Estado venezolano. Finalmente, el arreglo institucional de 1958 permitió a corto plazo la integración de la población al juego democrático, en el marco de un modelo de democracia representativa, tal y como lo establecía la constitución aprobada en 1961.

Fuera de los problemas que supuso durante los años 60 la lucha armada de izquierda y algunas tentativas de tomar el poder por la fuerza por parte de una extrema derecha militar en decadencia, la democracia comenzó a ser percibida por la mayoría de los actores sociales y políticos como un marco institucional privilegiado, en cuyo seno debían resolverse los diversos conflictos⁵. Prácticamente ningún actor político, electoralmente vencedor o no, puso en cuestión el método democrá-

² La expresión es de Terry Lynn Karl y se refiere a "(...) los acuerdos explícitos (a veces no públicos) entre los diversos actores en competición, que definen las reglas de gobernabilidad sobre la base de garantías mutuales que aseguren el respeto de los "intereses vitales" de todos aquellos a quienes estos pactos conciernen". Karl (1990), p. 9. En el caso venezolano, las negociaciones preliminares al pacto de "Punto Fijo" incluyeron cuatro partidos históricos (AD, COPEI, URD y PCV), las Fuerzas armadas, la Iglesia, el sector patronal, sindical y estudiantil. Los comunistas fueron finalmente excluidos del pacto, como una manera para el nuevo gobierno de unión nacional de asegurar a los sectores más conservadores que los futuros gobiernos no llevarían a cabo políticas radicales de izquierda.

³ Rey (1989).

⁴ Véase, Penfold (2000), p. 3.

⁵ En este sentido, seguimos el criterio de consolidación democrática de Przeworski (1991), p. 26 y 51.

tico. Sin embargo, vamos a ver que la consolidación democrática que comenzó en 1958 constituyó un proceso inacabado.

1. Las críticas a la democracia partidista de "Punto Fijo"

Varios factores, presentes en el origen de la democracia venezolana perturbaron la consolidación definitiva de ésta, alimentando poco a poco la crisis actual del sistema político. Por ejemplo, el pacto de "Punto Fijo" fue pensado para superar una coyuntura política particular y permitir la transición democrática. Sin embargo, un "espíritu de pactos", con un marcado acento exclusionista, se institucionalizó en la vida política venezolana, manteniendo su vigencia hacia bien entrados los años 80⁶. Por otra parte, tenemos que, a la par de la apertura política, del establecimiento de derechos civiles y sociales amplios, el modelo político "puntofijista" adoleció de problemas importantes que terminaron poniendo en cuestión su estabilidad. Nos referimos, entre otro, al rol sobredimensionado de los partidos y a la formación de una suerte de "cártel" que limitó la entrada de nuevos actores sociales y políticos al sistema político; la ausencia del criterio de responsabilidad política entre los gobernantes y el difícil acceso de los venezolanos al estatus de ciudadanos ante la fuerza de la noción "clientes-electores"; la existencia de un esquema corporativista de integración de los diversos actores al sistema, favoreciendo a unos más que a otros y, finalmente, las restricciones al fortalecimiento de poderes regionales y locales. Veamos con más detalle estos problemas.

El reacomodo institucional de los primeros años de transición (1958-1973) se tradujo, desde el punto de vista político-electoral, en la existencia de un sistema pluripartidista. Tal sistema expresaba el alto grado de división de la sociedad venezolana en aquel momento. Sin embargo, a partir de las elecciones presidenciales de 1973, la situación va a cambiar. Desde entonces, y durante casi dos décadas, AD y COPEI logran polarizar el voto, concentrando entre el 80-90% de los sufragios totales⁷, tanto a nivel de las elecciones presidenciales y del Congreso (nacionales) como a nivel de las consultaciones locales (existentes a partir de 1978). De tal manera, el sistema múltiple de los primeros años será remplazado por un sistema "bipartidista atenuado y no polarizado"⁸.

Desde la década de los 70 hasta principios de los 90, el sistema partidista venezolano satisfacía bien los cuatro criterios de institucionalización establecidos por S. Mainwaring y T. Scully⁹, a saber: 1) una competición partidista estable; 2) la existencia de partidos enraizados en la sociedad; 3) la aceptación, por parte de casi todos los actores sociales y políticos, de los partidos y de las elecciones como las instancias legítimas que determinan quién gobierna la sociedad; 4) la existencia de formaciones partidistas que contaban con una organización y un sistema de reglas

⁶ Destacan el pacto de "Ancha Base" (1964) y el pacto "Institucional" (1971).

⁷ Es decir, los dos partidos mayoritarios lograron atraer los votos anteriormente destinados a los partidos minoritarios, y/o a los llamados "fenómenos electorales". Con el paso desde un sistema partidista múltiple a uno bipartidista, estos últimos perdieron su fuerza, desapareciendo prácticamente del escenario electoral.

⁸ En los años 70 se formó un nuevo partido producto de la división del PCV: el MAS (Movimiento al Socialismo). Esta formación, de izquierda moderada, ocupó el tercer lugar durante muchos años, recogiendo entre 5%-10% de los votos totales a nivel nacional. El MAS adquirirá una mayor importancia luego del proceso de descentralización puesto en marcha a partir de 1989, con la elección de varios gobernadores pertenecientes a este partido, así como con su participación en las coaliciones gubernamentales de 1993 y de 1998.

⁹ Mainwaring y Scully (1995), p. 1-6.

de funcionamiento estables y bien estructuradas. Dentro de éstas, los liderazgos individuales ponían rara vez en entredicho el funcionamiento de la organización vista como un conjunto.

El rol jugado por AD y COPEI en la lucha contra la dictadura y la instauración de la democracia les había permitido adquirir el monopolio ideológico y convertirse en los dos polos principales alrededor de los cuales gravitaron las otras fuerzas políticas y sociales. Los dos grandes partidos se consolidaron como los principales canales de participación política y social (la mayor parte de sindicatos, organizaciones campesinas, gremios profesionales, asociaciones estudiantiles y otras formas de organización social fueron o creados o “permeabilizados” por AD y COPEI, convirtiéndose en sus satélites). Desde los años 70, tras una importante reducción de la polarización política, la alternancia política que se estableció entre AD y COPEI se tradujo en una considerable estabilidad política, generando a su vez un clima altamente favorable para la negociación democrática entre las diversas fuerzas sociales. Esta “alternancia perfecta” entre los dos grandes partidos fue, sin duda, una conquista fundamental dentro de la cultura política venezolana. En un contexto de “confrontación cívica”, el adversario no era visto como un enemigo a destruir, sino como un concurrente legítimo en la lucha por el poder. Esta sucesión en el poder permitió, además, catalizar sanamente tanto las aspiraciones populares de cambio como los deseos de sancionar a la mayoría gubernamental, por sus mediocres resultados.

El problema fue que la estabilidad política nació casi al mismo tiempo que los dos grandes partidos adquirieron un rol sobredimensionado, tanto a nivel del Estado como de la sociedad. De hecho, AD y COPEI “duopolizaron”¹⁰ la vida política y social venezolana durante un lapso de tiempo importante, lo cual trajo consecuencias importantes en el desarrollo y funcionamiento general de la democracia. La época dorada de la “democracia de partidos” cedió su lugar en pocos años a una “partidocracia”; es decir, los partidos políticos adquirieron un poder excesivo en el seno del sistema político. El régimen partidista venezolano se convirtió en un “gobierno del pueblo, por los partidos y para los partidos”¹¹, cuestión que a la larga se revelaría más como un obstáculo que un beneficio para el proceso de consolidación democrática.

El “Pacto de Punto Fijo” había establecido no solamente “qué hacer”, sino sobre todo, “quién va a hacerlo”: los partidos políticos históricos¹². Esta situación habría en consecuencia favorecido la emergencia de un “cártel”, compuesto por las élites partidistas. Frente a éste se fueron ubicando los nuevos actores¹³, quienes aspiraban también a ser parte de los acuerdos. Sin embargo, a estos últimos les fue prácticamente imposible ganarse un espacio en el seno de un sistema político, “duopolizado” por AD y COPEI. La sociedad venezolana fue desarrollándose y transformándose, pero no su sistema político. Con los años, la democracia se convirtió en el proyecto privado de los líderes de ciertos partidos, así como de ciertas asociaciones corporativas. El “viejo” sistema de conciliación se volvió rígido; el mismo reflejaba sin cesar el *statu quo* nacido en 1958, viéndose a mediano plazo funcionalmente incapaz de integrar en la agenda política las nuevas demandas y abrir un espacio para los nuevos actores¹⁴.

¹⁰ El término es de Hirschman (1995), p. 108-109.

¹¹ Coppedge (1992), p. 37. Para un análisis más detallado de la “partidocracia” en Venezuela, véase, Coppedge (1994).

¹² Coronil (1997), p. 229.

¹³ Nos referimos a partidos, movimientos y grupos electorales nuevos, pero también a organizaciones de la sociedad civil (asociaciones de vecinos, organizaciones de consumidores, entre otros).

¹⁴ Crisp (1996), p. 30-49.

Un ejemplo de las restricciones que limitaban el acceso de nuevos partidos o movimientos electorales a la arena política fue el financiamiento electoral. Este funcionó como “barrera económica” para todos aquellos partidos o movimientos, potencialmente capaces de disputar con éxito el poder de la élite dirigente nacional, pero sin muchos medios económicos. AD y COPEI, por el contrario, tenían acceso directo a los recursos del Estado, pudiendo costear las onerosas campañas electorales, lo cual constituía sin duda una ventaja enorme¹⁵.

Otros problemas relacionados con el funcionamiento de la democracia “puntofijista”, han tenido que ver con la creación y la institucionalización de mecanismos de control ciudadano sobre las actividades propias de las instituciones públicas (y sus representantes). Durante cerca de cuatro décadas los venezolanos habían ciertamente logrado institucionalizar los mecanismos esenciales de una democracia política: elecciones libres y no fraudulentas, libertad de prensa y de asociación, aceptación de las elecciones como el medio privilegiado de elección de los representantes en los diversos puestos de dirección del Estado. Sin embargo, en poco o nada se reforzaron otros instrumentos vinculados con la concepción liberal de la democracia como la responsabilidad política de los gobernantes o la creación de verdaderos ciudadanos.

La democracia venezolana fue un sistema donde las élites (partidistas) gozaron de un margen de maniobra apreciable, imponiendo la mayoría de las veces las decisiones al resto de la sociedad, sin sentirse obligados a rendir cuenta a los gobernados por sus acciones. Por lo general, la participación de los electores se restringió a apoyar electoralmente, cada cinco años, a uno de los grandes partidos, muchas veces a cambio de favores o de recompensas cuantificables. Desde el punto de vista de la noción de ciudadanía -uno de los pilares fundamentales de la democracia-, más que ciudadanos conscientes de tener deberes y derechos, el sistema partidista “puntofijista” promovió sobre todo la existencia de “clientes-electores”, con un comportamiento altamente rentista.

Por otro lado, como prácticamente la única vía de acceso a los recursos del Estado fue la burocracia partidista, esto reforzó la existencia de un modelo de integración corporatista, así como la importancia de las redes clientelistas partidistas. Entre las principales consecuencias del esquema corporatista destaca la integración desigual al sistema, y el reparto desigual de la renta petrolera, entre los diversos sectores y actores sociales. Así por ejemplo, los sectores patronal y sindical, estrechamente vinculados con AD y COPEI, lograron hacer valer sus intereses, influir en la orientación de las políticas públicas y tener acceso directo a los recursos del Estado, mientras que para otros actores sociales y políticos esto fue prácticamente imposible. Por otro lado, en cuanto al clientelismo, aquellos que querían ser escuchados en sus demandas debían pasar obligatoriamente por la red clientelista partidista, debiendo mantenerse dentro de un círculo de intercambio permanente de favores, con el objetivo de abrirse camino hasta el nivel más alto donde se tomaban las decisiones.

Finalmente varios elementos confirman también la tendencia de la democracia “puntofijista” a adoptar posiciones conservadoras. Por ejemplo, un indicador revelador de la voluntad de las élites partidistas de controlar cualquier tipo de poder potencialmente capaz de desafiar su control centralizado fue la selección de las autoridades regionales y locales. Estas fueron durante muchos

¹⁵ En un análisis sobre la “norteamericanización” progresiva de las campañas electorales en Venezuela, un analista político estimó en cerca de veinte millones de dólares el costo de éstas. Urbaneja (1997).

años escogidas “a dedo” por las élites partidistas nacionales y no a través del sufragio directo. Este elitismo centralizador se alimentó quizás del temor a que la elección directa y popular de las autoridades locales pudiera reavivar las pasiones políticas, poniendo en peligro la unidad político-administrativa del país, como consecuencia de las posibles tensiones entre el poder central y los gobiernos regionales. Ello explica la poca voluntad de los diversos gobiernos de impulsar una política de descentralización y la elección popular y directa de las autoridades regionales y locales. Las mismas no fueron aprobadas sino casi treinta años después (1989) cuando una coyuntura política particularmente delicada hizo pensar a la clase política que una descentralización efectiva del poder, acordándole mayores poderes a las colectividades locales, podría “reoxigenar” el sistema político¹⁶.

Para terminar, otra falla importante del modelo democrático nacido en 1958 tiene que ver con la participación y la representación políticas. Con el paso hacia una “partidocracia”, la primacía de los partidos se construyó a costa de la voluntad individual del elector. Por lo general, los electores solo decidían con su voto la fuerza electoral de los dos grandes partidos; pero en tanto bases militantes, poco o nada tenían que ver con la selección previa de los candidatos (y futuros representantes) tanto a nivel nacional como a nivel regional y local¹⁷. De hecho, con la excepción de los abanderados a la presidencia, la mayoría de las veces los candidatos escogidos por la dirección nacional de las dos principales formaciones, permanecían desconocidos para los electores hasta el momento de la votación. Por otra parte, en el proceso de toma de decisiones a nivel gubernamental, éstas eran tomadas con antelación por las cúpulas dirigentes¹⁸, y luego eran sometidas a votación en el Congreso, sin apenas tomar en cuenta los intereses de las bases militantes o de la población en general. Los diputados estaban, además, obligados a votar en bloque puesto que cualquier tipo de desobediencia podía costarles su puesto, o hasta su carrera política. Esta supremacía del “partido elector” (de la minoría dirigente) sobre el “partido elegido” (los parlamentarios) trajo finalmente como consecuencia que los legisladores venezolanos no se sintieran responsables ante sus electores, sino ante los dirigentes de la organización política a la cual pertenecían¹⁹. Tal situación contribuyó de manera significativa con la crisis de la representación política, alimentando la fractura entre gobernantes y gobernados.

¹⁶ La descentralización administrativa constituyó una de las reformas institucionales más importantes vividas por el país desde el nacimiento de la democracia en 1958. Su puesta en marcha produjo un cambio en la distribución del poder político, así como en la relación de fuerzas en el seno de los partidos históricos. Esto se tradujo en una mayor apertura del espacio político a actores políticos nuevos, así como una cierta renovación del liderazgo partidista, con la llegada al poder a nivel regional y local de líderes que contaron con una gran popularidad, debido a su buena gestión gubernamental. Véase, Lalander (2000).

¹⁷ Hasta finales de los ochenta, los electores debían “escoger” no en función del candidato sino del color del partido que éste representaba (AD = blanco y COPEI = verde). Las listas eran cerradas y bloqueadas. El sistema electoral favorecía sobre todo a los grandes partidos. Las minorías gozaban de una cierta representación, pero no existía un equilibrio proporcional entre el número de votos y los escaños obtenidos. Para más detalles, Véase, Nohlen (1994), p. 102 y 281-282.

¹⁸ Conocidas popularmente como los “cogollos”, y por extensión, éstas funcionaban en el marco de una “cogollocracia”.

2. Crisis de la "forma-partido" y abstención electoral

El sistema "partidocrático", funcionando bajo la égida de AD y de COPEI desde 1973, comienza a mostrar sus límites hacia los años 80, y comienzos de los 90. En el caso venezolano, la crisis de la "forma-partido" constituye para nosotros un elemento central para la comprensión de la pérdida de legitimidad del sistema político. Como ya hemos mencionado más arriba, la acción de los partidos y del sistema de partidos fue central en la conformación del sistema político venezolano y en su consolidación. Sin embargo, en la medida en que los mismos se fueron revelando incapaces de canalizar de manera exitosa las demandas de la población hacia el Estado, el aparato estatal comenzó a llevar a cabo una gestión ineficaz, lo cual a su vez fue socavando la legitimidad del sistema político.

Ocurre que el sistema de partidos tradicional se formó en el contexto de una sociedad fundamentalmente rural, pobre y poco educada, que disponía de pocas formas de organización para la participación política y social, fuera de aquellas que le proporcionaron los partidos históricos. No obstante, el ascenso social y el desarrollo económico favorecido por la misma democracia dieron lugar a transformaciones importantes en el seno de la sociedad venezolana. La propia democracia nutrió una concepción nueva de ciudadanía, que comenzó a cuestionar el modelo democrático existente y el ejercicio de la vida pública, exigiendo cada vez más ser reconocida a la hora de abordar los distintos problemas sociales.

Hacia los años 80, la sociedad civil comenzaba a mostrar signos importantes de organización de manera autónoma respecto a los partidos políticos²⁰. Estos nuevos actores se presentaron como portadores de identidades y de valores diferentes, pretendiendo dar una "voz"²¹ a aquellos sectores de la población para quienes los partidos habían dejado de ser los canales privilegiados de articulación de demandas hacia el Estado²². En algunos casos, estos nuevos movimientos comenzaron a promocionar reformas legislativas orientadas, por ejemplo, hacia una mejor representación política, una mayor transparencia en la toma de decisiones a nivel del Ejecutivo o del Congreso, una reforma profunda del sistema judicial y electoral, o simplemente a alentar la participación de los electores en los asuntos públicos y generar actitudes de "mejores ciudadanos"²³. Estos nuevos actores pedían una verdadera reforma del Estado, y de sus principales instituciones (incluyendo, por supuesto, a los partidos políticos). El objetivo principal consistía en "democratizar la democracia"²⁴; es decir, restaurar la legitimidad del sistema democrático, asignándole un signifi-

¹⁹ Coppedge (1993), p. 139-159.

²⁰ Durante la década 80-90 destacaron, entre otros, la "Escuela de Vecinos de Venezuela" y el "Centro al Servicio de la Acción Popular" (CESAP), "Queremos Elegir" y "Foro Democrático", el grupo "Roraima" y el "Centro de Divulgación del Conocimiento Económico" (CEDICE), varias asociaciones de defensa de los derechos humanos tales como "Programa Venezolano de Educación Acción en Derechos Humanos" (PROVEA), así como algunas tentativas de organización campesina fuera de los dos grandes partidos ("Acción Campesina").

²¹ Hirschman (1995).

²² Véase, Navarro (1995) p. 116; Gómez Calcaño (1998), p. 29-51. Sobre la institucionalización de los "nuevos" actores sociales y políticos, así como la integración de sus propuestas en la nueva Constitución de 1999, Véase; García-Guadilla (2002), p. 247-273.

²³ Muchas de las demandas hechas por estos "nuevos" actores (como por ejemplo la reforma del sistema electoral) fueron llevadas a la práctica hacia los años 90. Sin embargo, los mismos han contado hasta ahora con una capacidad de acción limitada. Se trata en su mayoría de organizaciones presentes en Caracas y en algunas de las ciudades más importantes, pero ausentes en el resto del país, que han encontrado problemas importantes de credibilidad, desde el momento en que se presentan como organizaciones políticas, y muchas dificultades para poder extender su influencia más allá de la clase media urbana. Véase, Navarro (1995), p. 118 y 125.

²⁴ Crisp & Levine (1998), p. 27-61.

cado nuevo a la representación y a la participación popular. No obstante, los dos principales partidos políticos vieron en tales reformas un atentado al *statu quo*, es decir, a su monopolio sobre el mercado electoral, y en general sobre la vida política y social.

En cuanto a los dos grandes partidos, a los mismos se les reprochaba no solamente su mala gestión al frente del gobierno, sino también su pragmatismo extremo. De ser actores sociales, profundamente enraizados en la sociedad, encargados de la socialización y de la extensión de la cultura política entre la población, los partidos se fueron desplazando hacia la esfera del gobierno y del Estado. En este proceso, se convirtieron en partidos “atrapa-todo”²⁵; es decir, en maquinarias electorales preocupadas esencialmente por ganar las elecciones, conservar a toda costa sus posiciones privilegiadas y concentradas en el reforzamiento de sus redes de “clientes-electores”. Por otra parte, AD y COPEI eran acusados de apenas mostrar diferencias, tanto desde el punto de vista del programa político como en la manera de gobernar. La ausencia de una real oposición, o la existencia de una “demasiada poca oposición”²⁶, contribuyó también de manera decisiva a la crisis de la democracia.

Pero, no solamente el modelo político “puntofijista” empezaba a mostrar sus limitaciones, sino también el modelo de desarrollo económico rentista. Las instituciones políticas comenzaban a mostrar problemas importantes a la hora de conciliar los criterios de legitimidad (los mecanismos de gobierno) y la eficiencia en la gestión gubernamental (del alcance de las políticas públicas puestas en marcha)²⁷. Los sucesivos gobiernos de AD y de COPEI que se alternaron en el poder entre 1973 y 1993 no lograron corregir los problemas estructurales de los que adolecía la economía venezolana. Por el contrario, con el objetivo de mantener a toda costa la “ilusión de armonía” social, el endeudamiento del Estado, los subsidios, los controles de precios, la falta de prioridades económicas, fueron moneda corriente. La población comenzó a sentir los efectos de la crisis económica, debido al fracaso del modelo económico, pero también al peso de la deuda externa y a la caída sistemática de los precios del petróleo. La impresión de que el Estado satisfacía cada vez menos sus necesidades, mientras que una minoría privilegiada y corrupta, con acceso directo a la renta petrolera, mantenía un nivel de vida caracterizado por el lujo y las extravagancias, fue ganando cada vez más terreno.

Desde finales de los años 80, ante la ausencia de un partido o movimiento (diferente a AD y a COPEI) con propuestas políticas y sociales viables, capaz de canalizar el descontento popular, el “partido” ganador fue el de la abstención electoral. Especialmente a partir de las elecciones nacionales de 1988, la participación electoral comenzó a disminuir de manera considerable (en 1988 la abstención alcanza un poco más del 18%, en 1993 llega al 39,8% y en el año 2000 al 43,5%²⁸). Este acto de “votar por no votar”²⁹ constituye sin duda una de las principales expresiones de la pérdida progre-

²⁵ La particularidad de este tipo de partido es el remplazo de la ideología dogmática por el pragmatismo y la búsqueda de apoyos electorales dentro de un abanico amplio de electores. Pero quizás una de las características más distintivas es el hecho que la minoría dirigente goza de un peso creciente, en detrimento de los militantes de base. Véase, Dix (1989), p. 23-37.

²⁶ La expresión es de G. Pasquino (1998), p. 81-86. Se refiere a la situación en la que los opositores potenciales del gobierno han encontrado gratificaciones suficientes en el seno del sistema establecido, lo cual dificulta cada vez más su identificación como portadores de una alternativa gubernamental viable. La oposición aparece así como limitada, reductora e incapaz de plantear cuestiones de fondo.

²⁷ Crisp (1996), p. 5-43.

²⁸ Fuente: Consejo Nacional Electoral.

²⁹ Dahrendorf (2000), p. 15.

siva del poder simbólico del sufragio. La población fue organizada y movilizada durante varias décadas por partidos políticos modernos, y si en mucho la alta movilización fue bastante clientelista, ella expresó también la “buena salud” del sistema. En consecuencia, el aumento de la abstención electoral en los últimos años, no puede sino traducir un “malestar” en ciernes que se manifiesta, por ejemplo, en la creciente “auto-exclusión” del proceso electoral de sectores durante largos años sostenes innegables de la democracia nacida en 1958 (i.e. la clase media).

II. FRAGMENTACIÓN SOCIAL, DESINSTITUCIONALIZACIÓN POLÍTICA Y AVANCE DE LA “POLÍTICA DE LA ANTIPOLÍTICA”

Desde la década de los 90 es posible constatar una transformación de la cultura política en los venezolanos, expresada en un importante aumento de la abstención electoral y en la preferencia por candidatos independientes; tendencia observable tanto a nivel nacional como a nivel de los gobiernos regionales y locales. Los cambios en la cultura política se expresan también en un apoyo electoral creciente hacia formas de hacer política “nuevas”, menos centralizadas e institucionalizadas, pero también más personalizadas. Éstas aparecen como opuestas a aquellas formas de la “vieja” política, “podridas y corruptas”. Desde el punto de vista político-electoral, todos estos cambios han traído como consecuencia que, desde 1993, se esté produciendo un proceso importante de realineamiento electoral, así como el reemplazo definitivo del sistema bipartidista por un sistema multipartidista, menos institucionalizado, altamente inestable y volátil.

La clase política tradicional, concentrada en la conservación de la relación de fuerzas nacida en 1958, fue dejando de lado un espacio político importante. El mismo fue recuperado en parte por caudillos y movimientos representantes de una “política de la antipolítica”³⁰. En Venezuela, el representante mayor de esta última lo constituye el actual presidente H. Chávez Frías. Cabe señalar, sin embargo, que éste es en gran parte tributario de un sentimiento de rechazo a la política tradicional que le precede en casi dos décadas. En efecto, varios elementos “fertilizaron” el terreno de la antipolítica, aunque fueron necesarios varios años para que la tensión entre ésta y la política tradicional se hiciera visible en el paisaje político-electoral. De hecho, antes de 1993, ningún movimiento o partido se había presentado abiertamente como anti-partidista o antipolítico. Veamos rápidamente algunos antecedentes al liderazgo de H. Chávez, caracterizado por una oposición frontal a los actores y a las formas tradicionales de hacer política.

En primer lugar, los años 80-90 testimonian el final del “*âge d’or*” de los partidos políticos. En muchos sentidos, las formaciones partidistas dejaron de ser la expresión de los clivajes sociales presentes en sus orígenes, o de aquellos que atraviesan la sociedad en la época contemporánea³¹. Al dejar de lado las tareas de agregación y de organización de los diversos intereses, así como las funciones de socialización y de movilización política de las masas, las organizaciones representativas tradicionales dejaron de ser los “gestionarios de utopías”³² que, en otras épocas,

³⁰ Se trata de líderes y de movimientos *outsiders* del *establishment* político, que se presentan como opuestos a este último. De allí que no se trate de movimientos no-políticos o a-políticos, puesto que, a pesar de su crítica virulenta hacia la política institucionalizada y de negar la especificidad del ejercicio político, aspiran al control del Estado y de la sociedad. Véase, Myers (1998), p. 505.

³² La expresión es de Alcántara Sáez (1997), p. 49.

lograron movilizar vastos sectores sociales. Ellos se fueron convirtiendo en corporaciones, donde la dimensión de “profesión política”, y los intereses privados e individuales, remplazaron progresivamente a la dimensión de la “representación política”³³.

En segundo lugar, el proyecto neoliberal, en boga hacia la mitad de los años 80 en el seno de varios círculos académicos y económicos, comenzó a reivindicar con fuerza la necesidad de disminuir el tamaño y el rol del Estado en la sociedad. Este discurso pretendió legitimarse utilizando un lenguaje virulento no sólo contra el Estado, sino contra los partidos políticos tradicionales. El mismo encontró un eco mediático importante, puesto que muchos de sus portavoces estaban asociados, de manera directa o indirecta, a grupos financieros privados, propietarios de los principales medios de comunicación (TV, Radio, prensa). La ya trastocada democracia de partidos se vio aun más debilitada, tras una campaña mediática de descrédito sistemático de los partidos y de las diversas instituciones del Estado³⁴.

Finalmente, la década de los 80-90 vio el nacimiento de varias organizaciones de la sociedad civil. Muchos de sus dirigentes unieron sus voces al discurso anti-partidos, que pedía el final de la democracia “tutelada” por AD y COPEI y su reemplazo por un sistema más abierto. Para estos grupos, el adoptar las banderas del anti-partidismo expresaba ciertamente una aspiración de autonomía, frente a dos partidos que habían impedido hasta entonces la institucionalización de cualquier forma de organización social, fuera de su control. Casi dos décadas después, el sentimiento anti-partidos manifestado por un sector importante de la sociedad civil mantiene prácticamente la misma fuerza que tuvo en sus orígenes. De allí que una explicación a la dificultad para institucionalizarse que encuentra actualmente la oposición a la revolución chavista³⁵ se encuentre en la permanencia de una profunda desconfianza (o rechazo) que resiente un sector de la sociedad civil hacia el mundo político.

Por otra parte, desde el punto de vista de la política nacional, dos eventos abrieron desde 1993 la brecha al fenómeno H. Chávez de 1998. Nos referimos al derrumbamiento del sistema bipartidista, cuya estocada final la dio en cierto modo R. Caldera, al ser elegido como candidato “independiente”³⁶ y anti-partidos. En esta transformación del paisaje político-electoral nacional cabe mencionar también la fuerza obtenida por un tercer partido durante las elecciones de 1993: La Causa Radical (LCR). A partir de entonces, con R. Caldera elegido presidente, se legitimó definitivamente la entrada de opciones extra-partidos al sistema³⁷, y con la importancia adquirida por LCR, los espacios de poder a nivel nacional no fueron más el monopolio de los dos partidos tradicionales.

³³ Ramírez Roa (1999), p. 97-118.

³⁴ Los medios de comunicación venezolanos contribuyeron con el avance del fenómeno H. Chávez, no sólo al asumir un rol correspondiente a la oposición, erigiéndose como los portavoces de la “fatiga cívica” de los ciudadanos, sino que muchos de ellos apostaron abiertamente por la candidatura del ex-teniente coronel en 1998.

³⁵ Compuesta por líderes o ex-dirigentes de los “viejos” partidos, pero también por diversas organizaciones políticas y sociales nuevas, muchas de ellas resultado del “despertar” de la sociedad civil durante los años 80, proceso al cual hicimos referencia en la primera parte.

³⁶ R. Caldera fue apoyado por una organización fundada por él poco antes de las elecciones de 1993 (“Convergencia Nacional”), así como por una coalición de partidos minoritarios, principalmente de izquierda, dentro de la cual destacaba el MAS.

³⁷ Molina (2002), p. 15.

El liderazgo de nuevo cuño representado por R. Caldera y LCR³⁸ quiso expresar la materialización de un modelo político nuevo, que capitalizaba el deseo popular de llevar a cabo transformaciones institucionales políticas y sociales radicales. A los ojos de muchos, se trataba de desbloquear el sistema "puntofijista", así como de reintegrar al sistema un vasto sector de la población, altamente identificado con el nuevo *leadership*, pero hasta entonces excluido del juego político³⁹. El elemento común a Caldera y a LCR fue un discurso de denuncia sistemática del sistema (bi) partidista, del modelo neoliberal puesto en marcha desde 1989, así como la necesidad de adelantar reformas políticas, económicas y sociales de gran envergadura.

Sin embargo, R. Caldera y la coalición gubernamental que lo apoyó, se revelaron incapaces de mantener las promesas que le aseguraron su éxito electoral en 1993. Las promesas no cumplidas por el gobierno de R. Caldera fueron así recuperadas por Chávez durante la campaña electoral de 1998. En cuanto a LCR, su fuerza se volatilizó rápidamente. Muchos electores tuvieron la impresión que los "radicales" terminaron por ceder e integrarse al sistema, adoptando una posición pragmática, semejante a la de los partidos políticos tradicionales⁴⁰.

Para finalizar, desde el punto de vista político-electoral, todos los cambios antes mencionados están al origen de un proceso importante de realineamiento electoral, así como del reemplazo del sistema bipartidista por un sistema multipartidista, menos institucionalizado, poco estable y altamente volátil, especialmente a partir de 1993. Al respecto, podemos señalar varios indicadores⁴¹. Por ejemplo, la estabilidad de la competencia partidista ha venido sufriendo cambios importantes: además del aumento progresivo de la abstención, la volatilidad electoral también ha crecido de manera importante⁴². La mayoría de los "partidos de fachada"⁴³, creados por candidatos extra-partidos, han sido generalmente el producto de coyunturas políticas, han tenido una naturaleza efímera, y se han revelado altamente dependientes de la personalidad de un líder único (por ejemplo, en 1993, del lado de la derecha y la centro-derecha, los espacios perdidos por AD y COPEI fueron recuperados por "Convergencia Nacional"; pero desde que R. Caldera salió del escenario político, el partido prácticamente desapareció). Por otra parte, la estabilidad de la competencia inter-partidista no es más de rigor. Cada elección ha visto la entrada y la salida sucesiva de actores políticos diferentes⁴⁴.

En cuanto al grado de arraigo social de las nuevas organizaciones, estas no han escapado al contexto de desprestigio y de fuerte erosión de las lealtades partidistas; de allí su dificultad para

³⁸ LCR habría desempeñado en su momento -según la expresión de G. Lavau- una "función tribunicia" en la medida en que el partido capitalizó el descontento popular, al presentarse como el portavoz (y el defensor) de grupos sociales marginalizados a la vez en el plan político y cultural como en el socio-económico. Véase, Lavau (1969); Hellinger (1996), p. 111-129; Barrios-Ferrer (1995), p. 5-18.

³⁹ Ramos Jiménez (2002), p. 16.

⁴⁰ Buxton (2001), p. 130-131.

⁴¹ En esta parte seguimos: Molina (2002).

⁴² Es decir, existe una fuerte tendencia del electorado a modificar su voto en cada elección. Este voto ha sido, además, recuperado en las diferentes elecciones por partidos o movimientos diferentes.

⁴³ Murillo y Ruiz (1995), p. 286.

⁴⁴ El realineamiento electoral parece hasta ahora más favorable a la recomposición de la centro-derecha, representada por nuevos movimientos, algunos de ellos producto de divisiones de los viejos partidos ("Proyecto Venezuela", "Alianza Bravo Pueblo", "Primero Justicia"). La izquierda se ha visto hasta ahora obligada a escoger entre el izquierdismo nacionalista de H. Chávez, o integrarse a la oposición.

crear adhesiones más o menos estables entre la población. Finalmente, las características sociales del electorado también han cambiado de naturaleza. La fidelidad tradicionalmente dada a los partidos no constituye más un elemento determinante del voto. Desde hace algunos años, parece que para los electores es más importante votar de acuerdo a las condiciones económicas o la gestión del gobierno, a los temas tratados en cada campaña electoral, o en relación a la personalidad de los candidatos. Los electores prefieren escoger, no entre partidos, sino entre diversos proyectos personales, reforzando así la tendencia hacia la personalización de la política.

1. La “revolución pacífica bolivariana” en marcha (1998)

Para las elecciones de 1998, los dos grandes partidos fueron incapaces de presentar un candidato propio. Los tres candidatos potencialmente capaces de ganar la presidencia, se presentaron como “los candidatos de los ciudadanos” (y no de un partido en particular), como críticos acérrimos del sistema bipartidista, así como los portavoces de transformaciones sociales, políticas y económicas de gran alcance⁴⁵. A pesar de una abstención de cerca del 45%, H. Chávez Frías fue elegido presidente de manera triunfal el 6 de diciembre de 1998, con el 57% de los sufragios. Investido por la primera vez como presidente de la República en febrero de 1999, éste emprendió inmediatamente una serie de reformas institucionales de largo alcance, entre las cuales se destacaba la aprobación de la nueva “Constitución Bolivariana” (1999). Estos cambios han pretendido desde entonces dar cuerpo a una “revolución pacífica, democrática y bolivariana”. Veamos con detalle algunas características del liderazgo encarnado por H. Chávez F. y luego sus consecuencias sobre la dinámica democrática.

Sin menospreciar las cualidades carismáticas del ex-teniente coronel, nos parece que en mucho el apoyo electoral obtenido por este último durante las elecciones de 1998, fue más la voluntad de parte de un sector importante de la población de hacer tabla rasa del pasado, que una identificación cierta con el liderazgo del antiguo militar. Frustrados ante los resultados mitigados del gobierno de R. Caldera, los electores emitieron un “voto-sanción”, con la finalidad explícita de castigar tanto al presidente saliente como a los actores tradicionales. Este voto-castigo favoreció a H. Chávez, y esto es tanto más importante si se tiene en cuenta que este último se presentó ante los electores como el “vengador” del “pueblo” contra los culpables de su miseria, de las desigualdades sociales y de la corrupción: los partidos y la clase política tradicionales. Las elecciones de 1998 también revistieron otra particularidad: sus resultados expresaron la aprobación concedida por los electores a H. Chávez, con la finalidad de que éste procediera a “refundar” la República, a construir una sociedad nueva, más justa, con instituciones adaptadas a las nuevas realidades del

⁴⁵ Nos referimos al caso de Irene Sáez (partido “IRENE”), ex-reina de belleza y ex-alcaldesa de un barrio elegante de Caracas. Ella encarnó una opción de cambio “light”, disfrutando de un apoyo popular importante que la ubicó durante varios meses en el primer lugar de las encuestas. Sin embargo, su pacto con COPEI y una parte de LCR (dividida en 1997) desilusionó a muchos electores quienes se desplazaron ciertamente hacia las filas del chavismo. Abandonada por sus aliados políticos, su grupo obtuvo finalmente el 2,8% de los votos. Por otra parte, encontramos a Henrique Salas Römer (partido “Proyecto Venezuela”), un político disidente de COPEI y antiguo gobernador de un importante Estado (Valencia). Reconocido por su gestión exitosa a nivel regional, constituía sin embargo a los ojos de muchos la continuidad de la época “puntofijista”. Lideró el “Polo Democrático”, una coalición de partidos (incluidos AD y COPEI) que se opuso al “Polo Patriótico”, la coalición que apoyó a H. Chávez. H. Salas Römer obtuvo el segundo lugar, con un 39,9% de los votos. Finalmente, H. Chávez Frías representó la opción de cambio “hard”, revolucionaria y radical.

siglo XXI. De allí que el fenómeno neo-populista personificado por el ex-teniente coronel sea no solamente un “populismo de ruptura”, sino también un “populismo refundador”⁴⁶.

Por otra parte, como bien lo han señalado algunos especialistas, el fenómeno neo-populista constituye ante todo un fenómeno político. Es decir, el populismo de nuestros días no aparece más vinculado de manera directa con un tipo particular de política económica (asistencialista, estatista y nacionalista) o una base social particular (las clases medias y obreras), como fue el caso de los llamados populismos clásicos⁴⁷. El estilo político del ex-teniente coronel comporta ciertamente muchas características del populismo clásico, pero se presenta también como un estilo antipolítico. Y ello es así porque además de la negativa a asumir la complejidad de los asuntos públicos, uno de los rasgos principales del liderazgo de H. Chávez es la declaración permanente que todo es posible de manera inmediata, que los problemas pueden ser solucionados de manera casi mágica, mientras que el código normal de la política consiste precisamente en jugar con el tiempo⁴⁸.

Se trata, en particular, de un estilo político que se desarrolló fuera de y en abierta oposición con las instituciones establecidas (los partidos), privilegiando un tipo de política altamente personalizada. Se trata también de un liderazgo carismático y providencial, que hace un llamado permanente al “pueblo”, constituido fundamentalmente por sectores marginales y excluidos del juego político por la “oligarquía” partidista formada por AD/COPEI. El *leadership* neo-populista de H. Chávez, se ha nutrido de y ha explotado con éxito el resentimiento de ciertos grupos sociales, bastante golpeados por la crisis económica, contra otros considerados como los “privilegiados”. De allí la recurrencia de un discurso anti-*establishment* y anti-elitista, agresivo y antagónico, que exalta las virtudes del “pueblo-víctima”, de modo de atraer y mantener cautiva la atención de las masas populares.

Para H. Chávez, y los partidarios de la “revolución bolivariana”, una de las prioridades ha sido la neutralización completa de los adversarios políticos, y en particular de los viejos actores y de las instituciones creadas por éstos⁴⁹. Desde 1993, la fuerza electoral y la presencia de los dos partidos históricos se fue reduciendo considerablemente. Sin embargo, el presidente venezolano no ha dejado nunca de ver a sus “enemigos” (oligarcas) conspirando contra “la revolución bolivariana”, atrincherados en diversas instituciones: el Congreso, el Tribunal de Justicia, el aparato administrativo, los gobiernos regionales y locales, los sindicatos, las organizaciones patronales, los medios de comunicación, el Consejo Nacional Electoral y hasta la Iglesia católica... Ello explica el porqué de la agresión verbal constante de la cual han sido víctimas estas instituciones desde 1998.

El liderazgo carismático y providencial de H. Chávez ha ganado la identificación de una parte importante de la sociedad venezolana, altamente fragmentada, recreando permanentemente una suerte de “comunidad imaginada”⁵⁰, cuyos vínculos se fundan en dos pilares. Por una parte, en el hecho de compartir un adversario común (la villana oligarquía política y/o económica, y la

⁴⁶ Hermet (2001), p. 99-110; Ramos Jiménez (2000), p. 13-31.

⁴⁷ Mayorga (2002); Roberts (2000).

⁴⁸ Hermet (2002).

⁴⁹ Así lo ha declarado el propio H. Chávez en varias oportunidades. Por ejemplo, durante la campaña de 1998, éste produjo un gran temor cuando afirmó que su intención era no solamente borrar al partido AD de la faz de la tierra, sino de “freír en aceite la cabeza de los miembros de AD y de COPEI”.

⁵⁰ Véase, Anderson (1991).

“globalización neoliberal”, por ejemplo); y, por otra parte, la defensa de un pasado idealizado y de una identidad común propia a un “pueblo” único, indivisible y depositario de todas las virtudes. Por cierto que, tal como fue redactada la Constitución aprobada en 1999, la noción de “pueblo”, típica del discurso nacional-populista, remplacea en el texto a la de “ciudadanos”, de la democracia liberal.

En un contexto de rechazo frontal hacia la democracia de partidos, una de las promesas de la campaña de 1998 hechas por H. Chávez fue la de formar un gobierno sometido al control directo y a la voluntad de los ciudadanos. El problema reside en que desde el momento en que el líder supremo dice encarnar los deseos de la mayoría, ello significa también el rechazo a cualquier forma de representación política y social ubicada entre el jefe único y las masas⁵¹. El “anti-partidismo” extremo quedó reflejado en el texto de la “Constitución Bolivariana” de 1999 donde no se menciona ni una sola vez la palabra “partido”⁵².

A la diferencia de su predecesor, R. Caldera, la contestación de la democracia “realmente existente”, en nombre de la misma democracia, ha venido siendo llevada a cabo por H. Chávez y sus partidarios utilizando una retórica de inspiración mesiánica, que recurre permanentemente a símbolos de la época de la fundación de la nación venezolana, a sentimientos religiosos y a la defensa de la integridad nacional. En ese discurso, las referencias e identificaciones, la mayoría de las veces bastante apasionadas, cubren un amplio abanico ideológico que incluye a Simón Bolívar, a la vez que a Jesucristo, Jean-Jacques Rousseau, Don Quijote, Mao Tze Toung, Walt Whitman, Ché Guevara, Fidel Castro o Tony Blair, por sólo mencionar algunos ejemplos.

Por otra parte, si H. Chávez llegó al poder por la vía de las urnas, no cabe duda acerca de su preferencia por formas plebiscitarias de legitimidad y de gobierno. El rol de los medios de comunicación ha sido central puesto que el líder providencial mantiene una relación directa con “su pueblo” a través de la radio y la televisión. En este cuadro de cierto “tele-populismo”⁵³, caracterizado por la movilización emocional y mediática de las masas, el lugar acordado a cuerpos intermedios de representación política y/o social es prácticamente inexistente. H. Chávez extrae gran parte de su legitimidad política de los medios de comunicación (bien entendido, de aquellos al servicio de la “revolución”). Estos constituyen así una fuente extra-política de legitimidad, lo que pone en evidencia la fuerza de la llamada “video-política”⁵⁴. Son conocidas las casi cotidianas y largas apariciones del presidente H. Chávez en las pantallas de televisión. Este se “comunica” también con el “pueblo” a

⁵¹ Cabe señalar, sin embargo, que H. Chávez, sin duda inspirado en las tesis neo-fascistas de un antiguo asesor, el sociólogo de origen argentino Norberto Ceresole, es partidario de un modelo de “post-democracia”, organizada siguiendo el orden: Caudillo-Ejército-Pueblo. Según esta visión, el pueblo no tiene otra alternativa que la obediencia absoluta a la única autoridad legítima: el Caudillo. Por su parte, las Fuerzas Armadas estarían llamadas a convertirse en una suerte de partido-militar y a ocupar un rol intermedio entre el aquél y el “pueblo”. Véase, Ceresole (1999); Garrido (2001), p. 115-119.

⁵² La misma fue remplazada por la noción más vaga de “asociaciones con fines políticos”.

⁵³ Véase, Taguieff (2000), p. 117-121.

⁵⁴ Véase, Sartori (1999), p. 351-364.

través de una emisión de radio llamada ¡Aló Presidente!, la cual puede durar hasta seis horas continuas⁵⁵. La misma es difundida desde las más diversas regiones y ciudades, y sirve de tribuna al presidente para denunciar a los enemigos de la revolución y del gobierno, para nombrar o destituir los funcionarios en los diversos puestos del Estado, para anunciar las últimas decisiones políticas o económicas, o simplemente para cantar y recitar poemas...

Una de las principales consecuencias de este tipo de movilización mediática es la promoción de la pasividad entre los ciudadanos. H. Chávez ha logrado ciertamente establecer un vínculo con sus "adeptos"⁵⁶ a través de los medios de comunicación, pero sin promover acciones sociales significativas. La (re) integración al juego político democrático, prometida por el ex-teniente coronel, es desde sus inicios más simbólica que real. El líder providencial no se ha mostrado hasta ahora muy interesado en que instrumentos de organización política y social se desarrollen, puesto que pondría en entredicho su relación directa con las masas, y sobre todo su autonomía. El carisma de H. Chávez ha buscado ciertamente adquirir un carácter durable con la creación del Movimiento Quinta República (MVR)⁵⁷. Sin embargo, este movimiento constituye una organización poco institucionalizada y altamente dependiente de la personalidad del "jefe máximo". Los electores son importantes, porque la "revolución" necesita de los votos del "pueblo" y de sus salidas a la calle para manifestar su lealtad hacia el presidente y su "deseo" de que éste continúe siendo el intérprete de los más altos intereses de la Nación; pero en general su participación se limita a plebiscitar las decisiones tomadas por H. Chávez y sus partidarios.

Un número importante de prácticas políticas alejadas de la lógica de la democracia liberal, nos permiten señalar en Venezuela el avance de lo que G. O'Donnell llamó una "democracia delegativa"⁵⁸. Esta se caracteriza por un grado importante de desinstitucionalización, así como altos niveles de clientelismo y de corrupción, favorecidos por la ausencia de controles y por una excesiva discrecionalidad en el manejo de los recursos de la administración pública. Pero quizás el rasgo más importante es la fuerte tendencia hacia la banalización de formas autoritarias de toma de decisiones. Un ejemplo de ello es la marcada tendencia a gobernar por decreto. Los procedimientos formales, así como el control y el contrapeso de poderes son sacrificados, al concederle al jefe del Ejecutivo poderes especiales para legislar sin reservas, bajo el pretexto de que esta es la manera más eficaz de resolver los problemas⁵⁹. Este último adquiere así una posición predominante y gobierna como lo juzga más apropiado, sin sentirse obligado a rendir cuentas ni ante los otros poderes (*horizontal accountability*), ni ante los ciudadanos (*vertical accountability*). Finalmen-

⁵⁵ Durante cierto tiempo H. Chávez animó también una emisión de televisión ("De frente con el Presidente") y un periódico ("El correo del Presidente") del cual era jefe de redacción. Se estima que en casi cinco años de gobierno, el presidente ha hablado con el "pueblo", a través de la televisión, cerca de dos mil horas.

⁵⁶ Max Weber (1995), p. 321, entendiéndolo por "adeptos": "aquellos quienes son dominados de manera carismática".

⁵⁷ Proceso al que M. Weber llamó la "rutinización del carisma", *Ibid.*, p. 326.

⁵⁸ O'Donnell (1993), p. 1-17.

⁵⁹ En noviembre del 2001, se dio una crisis importante de gobernabilidad, cuando el presidente, con el amparo de los poderes especiales que le concedió la Asamblea Nacional, promulgó 49 decretos-ley. Si éstos contenían aspectos positivos, relacionados por ejemplo con una mejor repartición de las tierras, mayores beneficios para los pescadores artesanales, etc., los mismos dieron lugar a protestas airadas de algunas fuerzas vivas del país, quienes se quejaron de no haber sido suficientemente consultados. En consecuencia, fue organizada una huelga general para el 10 de diciembre del 2001. La dinámica de protestas se extendió hasta el mes de abril de 2002 y terminó con un gobierno de facto, secundado por un sector de las fuerzas armadas y probablemente por el gobierno de los Estados Unidos. Tal situación duró muy poco, puesto que H. Chávez fue repuesto en el poder en menos de 48 horas.

te, cabe agregar también que la "política nueva", que representa H. Chávez, parece ver en la existencia de cualquier forma de oposición un obstáculo a la realización de la "voluntad del pueblo", encarnada exclusivamente por el líder providencial. De allí que, dentro de una lógica donde la política cede su lugar a una visión simplista y maniquea (amigos/enemigos), la oposición sufra permanentemente los ataques verbales de la parte de este último, destinados sin duda a neutralizarla, si no a aniquilarla.

Para concluir, el neopopulismo de H. Chávez constituye de cierta manera la respuesta política ante demandas y expectativas de vastos sectores (marginales, populares y la clase media empobrecida) que la democracia "puntofijista" ignoró durante muchos años. La paradoja es que se pretende una mayor y mejor democracia escogiendo una vía que presenta rasgos ineludibles de autoritarismo: la falta de independencia en el ejercicio del poder público y la concentración del poder en un líder único, la disminución de los controles institucionales y del equilibrio de poderes, la desarticulación de toda forma de oposición a la "revolución bolivariana" y el rechazo a las formas tradicionales de competición democrática, la promoción de una política voluntarista y altamente personalizada, el cultivo de un sentimiento anti-partidos y la desconfianza hacia otras formas intermedias de participación política, la utilización de un discurso agresivo y confrontacional, que legitima en cierta manera el recurso a la violencia de unos sectores sociales contra otros y la instrumentalización de las fuerzas armadas al servicio del proyecto político chavista.

2. *¿Es el neo-populismo de H. Chávez una respuesta a los nuevos tiempos?*

Hasta aquí hemos visto que, en gran medida, el "regreso del líder" que vive la política venezolana encuentra una explicación en varios problemas inherentes a la democracia de 1958, y, particularmente, en una disfunción del sistema de partidos. Nos parece, además, que la sociedad venezolana vive hoy día la tensión entre dos visiones distintas, relacionadas con la política, las instituciones políticas y el propio Estado. Pero, por otra parte, pensamos que el neopopulismo chavista también puede estar vinculado con las diversas transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales que está viviendo el planeta desde hace algunos años. La crisis venezolana no es, en tal sentido, ajena a las tormentas que ha desencadenado en muchos países la llamada globalización, que para muchos es sobre todo una modernización neoliberal.

En el caso venezolano, el neopopulismo representado por H. Chávez podría ser en cierto modo observado como una respuesta a los problemas de modernización que ha vivido la sociedad venezolana, particularmente a partir de los años 90. Nos referimos concretamente a que Venezuela está probablemente viviendo la oposición entre dos proyectos de nación. Un primer modelo de modernización, apoyado por ciertas élites políticas y económicas (tanto de izquierda como de derecha, incluidos ciertos sectores del chavismo "light") sostiene la construcción de una verdadera democracia liberal y representativa, con una mayor capacidad de inclusión social y política, así como la puesta en marcha de reformas institucionales importantes, que incluyan principalmente al Estado y su rol en el contexto actual nacional e internacional. Pero todo esto debería darse de manera paralela al desarrollo de una economía de mercado, capaz de competir en la dinámica mundial actual.

El problema reside en que el modelo de modernización (neoliberal) puesto en marcha desde el final de los años 80, ha implicado costos sociales muy altos⁶⁰. El conjunto de reformas económicas, de austeridad fiscal y el nuevo esquema de liberalización y de privatización han significado para la sociedad venezolana el empobrecimiento, y la marginalización, de vastos sectores (populares y clases medias), el aumento de la inseguridad, la precarización del empleo, la profundización de las desigualdades y de la exclusión social, entre otros problemas. Debido a las políticas ortodoxas de ajuste económico, los sectores más pobres se vieron súbitamente desprovistos de los subsidios proporcionados por el Estado. La educación y la salud pagaron también un pesado tributo.

En consecuencia, en un escenario fuertemente marcado por la incertidumbre y la dicotomía ganadores/perdedores, nació el proyecto nacionalista de H. Chávez, como opuesto al modelo de modernización que pregona la "globalización neoliberal" y las organizaciones internacionales designadas como sus principales promotoras (el FMI, el Banco Mundial). El ex-teniente coronel ha venido presentándose ante la comunidad internacional como la expresión de un proyecto latinoamericano alternativo al modelo neo-liberal, de economía de mercado, y a la democracia representativa. Mucho más pragmático que los líderes populistas clásicos, el *leadership* neo-populista que encarna H. Chávez ha venido explotando con éxito la frustración de sectores sociales que se sienten las principales víctimas de las políticas de austeridad fiscal y de privatizaciones masivas. Las promesas de trabajo para todos, mejores pensiones o mayor calidad en la prestación de los servicios públicos (salud, educación, etc.), así como la reducción de la brecha entre ricos y pobres le han concedido además una popularidad importante.

El "nuevo liderazgo" de H. Chávez, se ha alimentado de la tensión entre una economía que margina y una política democrática, disminuida en su capacidad de integración de sectores amplios de la población⁶¹, en un contexto de creciente empobrecimiento y de alta polarización social. El discurso del ex-militar se ha caracterizado por un llamado a la (re) integración de vastos sectores sociales, pero en la realidad esto es más simbólico que efectivo. El lenguaje del ex-teniente coronel está además lleno de certidumbres, lo cual pareciera garantizar que todos los problemas serán solucionados de manera inmediata. Ello niega, sin embargo, la especificidad del ejercicio político que, como ya lo dijimos antes, consiste en jugar con el tiempo.

El neo-populismo de H. Chávez podría ser pensado entonces como una suerte de "contra-modernización"⁶². Mientras el modelo modernizador neo-liberal ha pretendido otorgar una racionalidad particular al orden económico (y también social) existente, el segundo se ha fundado en el uso de sentimientos olvidados o abandonados (el amor, el odio, el temor, la desconfianza) y/o en la exaltación de las emociones y de las impulsiones para actuar, o para defenderse. En un mundo que aparece cada vez más incierto, la tradición, la religión, la naturaleza, los valores bolivarianos, lo nativo y lo extranjero, las identidades ellos/nosotros (basadas en una relación del tipo amigo-enemigo), la violencia institucional o de la calle, han sido recuperados por el proyecto de "contra-

⁶⁰ Como se recordará, en febrero de 1989, Venezuela vivió un estallido social caracterizado por una gran violencia. Este fenómeno, mejor conocido como el "Caracazo", fue la expresión del rechazo de una parte importante de la población a las políticas neoliberales de ajuste económico que fueron implementadas por el gobierno del entonces presidente Carlos A. Pérez (1988-1993).

⁶¹ Véase, Vilas (1995), p. 31-43; Weyland (1996), p. 3-31.

⁶² La noción es de U. Beck. (1998).

modernización" chavista. Éste los ha reinterpretado y rutinizado, bajo la promesa de crear nuevas certezas, y acabar con las dudas y los cuestionamientos generalizados entre los ciudadanos. El problema radica en que, como ya lo hemos mencionado antes, se trata de certezas muy rígidas, fundadas en una visión reduccionista y maniquea del mundo.

Contrariamente a lo que se podría pensar y al propio discurso "revolucionario" y "refundador" de H. Chávez, el proyecto político chavista sostiene una visión de la sociedad nostálgica de un pasado idealizado. Al mismo tiempo que acusa a los cuarenta años de democracia de ser una época desastrosa, el presidente reivindica el mantenimiento de un modelo de Estado planificador e intervencionista, así como el reforzamiento de políticas redistributivas y de asistencia, secundadas por la renta petrolera. Aunque sin aceptarlo abiertamente, el proyecto chavista pregona la vuelta a la "época dorada"; aquella de la prosperidad fácil, financiada por el petro-Estado y los petrodólares. De manera paradójica, se trata de una idea creada y largamente nutrida por los partidos y la clase política tradicional en contra de quienes se erige, precisamente, el proyecto de H. Chávez. Este lenguaje lleno de certezas ha tenido un impacto particularmente importante en sectores altamente vulnerables, cuya supervivencia depende en gran medida de la continuación del reparto de la renta petrolera por parte del Estado (bajo la forma de subsidios, pero también de empleo, por ejemplo). La cuestión que nos interpela es la de saber si el mantenimiento de un modelo de desarrollo económico y social rentista, asistencialista, proteccionista, estatista y nacionalista, que viene mostrando sus límites y problemas desde hace muchos años, es todavía viable en el mundo actual. Responder a esta cuestión supera sin embargo los límites de estas notas.

COMENTARIO FINAL

Creemos que el fortalecimiento de la democracia no puede ser efectivo sin una reforma profunda de las instituciones políticas y sociales, de las relaciones entre éstas y los ciudadanos, así como de su adecuación a los nuevos tiempos. Se trata de una tarea amplia de reconstitución de la "comunidad perdida"⁶³. Es decir, de recuperar el sentimiento de pertenencia a un orden colectivo, de parte de una sociedad cuya modernización, aceptada o no, ha profundizado la tensión entre una política democrática que necesita integrar y un proceso económico altamente fragmentador; cuestión que ha erosionado, además, las bases sobre las cuales se ha apoyado la legitimidad democrática. Esta tarea crucial, y ciertamente de largo aliento, debe ser asumida tanto por los nuevos como por los viejos actores políticos y sociales, así como por los mismos individuos.

Hasta ahora la existencia de una "comunidad imaginada" ha sido recreada por un caudillo-mesías, que pretende encarnar la Nación entera. La dificultad radica en que se ha hecho respondiendo a formas no democráticas. El neopopulismo de H. Chávez pretende ciertamente dar una solución a la sed de participación democrática, de respeto y de dignidad social, de reconocimiento cultural, así como a la necesidad de ampliar la participación popular, expresados por vastos sectores sociales que no terminan de acceder al estatus de ciudadanos. Pero la realidad nos muestra que, bajo el esquema populista, todas estas demandas populares quedan más en el ámbito simbólico

⁶³ Lechner (1991), p. 577-589.

y emotivo, que en lo real. De allí que, sobre la dimensión simbólica-carismática de la representación política, apoyemos la recuperación y el fortalecimiento de la dimensión institucional: el partido. Mientras el sistema de partidos continúe el camino hacia la desinstitucionalización, los electores estarán más propensos a responder a llamados directos de caudillos mesiánicos, fundados además en un discurso fuertemente antipolítico.

REFERENCIAS

- Alcántara Sáez, Manuel.** 1997. "Las tipologías y funciones de los partidos políticos", in Mella Márquez, Manuel (Ed.), *Curso de partidos políticos*, Madrid: Akal.
- Anderson, Benedict.** 1991. *Imagined Communities*, Londres & New York: Verso.
- Barrios-Ferrer, Gonzalo.** 1995. "Cambios en el sistema de partidos, con especial referencia a La Causa Radical", *Cuestiones Políticas*, 14:5-18.
- Beck, Ulrich.** 1998. *La invención de lo político. Para una teoría de la modernización reflexiva*, Buenos Aires: FCE.
- Buxton, Julia.** 2001. *The Failure of Political Reform in Venezuela*, Hampshire: Ashgate Publishing Company.
- Conniff, Michael L.** (Ed). 1999. *Populism in Latin America*, Tuscaloosa & London: The University of Alabama Press.
- Ceresole, Norberto.** 1999. *Caudillo, Ejército, Pueblo. El modelo venezolano o la post-democracia* [versión Internet] www.analitica.com.
- Coppedge, Michael.** 1994. *Strong Parties and Lame Ducks. Presidential Partiarthy and Factionalism in Venezuela*, Stanford: Stanford University Press.
- _____. 1993. "Partidocracia y reforma en una perspectiva comparada", in Serbin, Andrés et alii. (eds.), *Venezuela: la democracia bajo presión*, Caracas: Nueva Sociedad, 139-159.
- _____. 1992. "Venezuela's Vulnerable Democracy", in *Journal of Democracy*, 3 (4): 32-44.
- Coronil, Fernando.** 1997. *The Magical State. Nature, Money and Modernity in Venezuela*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Crisp, Brian.** 1996. "The Rigidity of Democratic Institutions and the Current Legitimacy Crisis in Venezuela", *Latin American Perspectives*, 23 (3): 30-49.
- _____. & **Daniel Levine.** 1998. "Democratizing the Democracy? Crisis and Reform in Venezuela", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 4(2): 27-61.
- Couffignal, Georges.** 2002. "El papel del Estado en un mundo globalizado: el caso de América Latina", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (nº especial: "Democracia y neoliberalismo en América Latina"), Universidad de Tel-Aviv, 13(1) [internet] www.tau.ac.il/ejal/XIII_1/couffign.html.
- Dahrendorf, Ralf.** 2000. "Votar por no votar", *El País*, domingo 9 de abril.
- Dix, Robert.** 1989. "Cleavage Structures and Party Systems in Latin America", *Comparative Politics*, 22 (1): 23-37.
- García-Guadilla, María Pilar.** 2002. "Actores, organizaciones y movimientos sociales en la Venezuela del 2000: logros, problemas y desafíos", in Ramos Rollón, Marisa (ed.), *Venezuela: rupturas y continuidades del sistema político (1999-2001)*, Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, p. 247-273.
- Garrido, Alberto.** 2001. *Mi amigo Chávez. Conversaciones con Norberto Ceresole*, Mérida: Ediciones del Autor.
- Gómez Calcaño, Luis.** 1998. "Venezuela: organisations sociales et luttes pour la citoyenneté", *Problèmes de l'Amérique latine*, 29 29-51.
- Hellinger, Daniel.** 1996. "The Causa R and the Nuevo Sindicalismo in Venezuela", *Latin American Perspectives*, 23 (3): 111-129.
- Hermet, Guy.** 2002. "Le populisme simplifie les problèmes jusqu'à la caricature", in *Le Monde*, 19 de mayo [Internet] —2763-00.html" www.lemonde.fr/article/0,5987,3230—2763-00.html
- _____. 2001. *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique XIX^e-XX^e siècle*, Paris: Fayard.

- Hirschman, Albert.** 1995. *Défection et prise de parole*, Paris: Fayard.
- Karl, Terry-Lynn.** 1990. "Dilemmas of Democratization in Latin America", *Comparative Politics*, 23 (1): 1-21.
- Lalander, Rickard.** 2000. "Democracia y descentralización en Venezuela. Consideraciones sobre nuevas tensiones y oportunidades para los partidos políticos (1989-2000)", *Revista Venezolana de Ciencia Política*, 17 (enero-junio): 11-52.
- Lavau, Georges.** 1969. "Partis et systèmes politiques: interactions et fonctions", *Revue Canadienne de Science Politique*, 2 (1): mars.
- Lechner, Norberto.** 1991. "A la recherche de la communauté perdue. Les défis de la démocratie en Amérique latine", *Revue Internationale de Sciences Sociales*, 129: 577-589.
- Mainwaring, Scott y Timothy Scully.** 1995. "Introducción", in Id., (Eds.), *Building Democratic Institutions. Party System in Latin America*, Stanford: Stanford University Press, 1-6.
- Mayorga, René A.**, 2002. "Outsiders and Neo-populism: The Road to Plesbicitarian Authoritarianism". Ponencia presentada en el seminario internacional: "The Crisis of Democratic Representation in the Andes", The Helen Kellogg Institute for International Affairs, University of Notre Dame, May 13-14.
- Molina, José E.** 2002. "Des-institucionalización del sistema de partidos y sus consecuencias: el caso venezolano", ponencia presentada en el Primer Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, Salamanca 9-11 de julio.
- ____y **Carmen PÉREZ.** 1998. "Evolution of the Party System in Venezuela, 1946-1993", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 40 (2): 1-26.
- Murillo, Gabriel y Juan C. Ruiz.** "Gobernabilidad en América Latina: la "desatanización" de los partidos políticos", in Perelli, Carina et al. (coords.). 1995., *Partidos y clase política...*, Op. Cit., 283-294
- Myers, David.** 1998. "Venezuela's Political Party System. Defining Events, Reactions and the Diluting of Structural Cleavages", in *Party Politics*, 4 (4): 495-521.
- Naim, Moisés y Ramón Piñango.** 1984. "El caso Venezuela: ¿una ilusión de armonía?", Naim, Moisés y Ramón Piñango (eds.), *El caso Venezuela: ¿una ilusión de armonía?*, Caracas: Ediciones IESA.
- Navarro, Juan Carlos.** 1995. "Venezuela's New Political Actors", in Goodman, Louis et alli., (Eds.). 1995. *Lessons of the Venezuelan Experience*, Washington/Baltimore & London: The Woodrow Wilson Center Press/The John Hopkins University Press, 115-135.
- Nohlen, Dieter.** 1994. *Sistemas electorales y partidos políticos*, Mexico: FCE.
- O'Donnell, Guillermo.** 1993. "Delegative Democracy?", *Working Paper Series*, n° 172, The Helen Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame, 1-17.
- Pasquino, Gianfranco.** 1998. *La oposición*, Madrid: Alianza.
- Penfold B., Michael.** 2000. "El colapso del sistema de partidos en Venezuela: explicación de una muerte anunciada", conferencia presentada en la reunión anual de la Latin American Studies Association, Miami 16-18 marzo [Internet] <http://www-personal.umich.edu/~mmarteen/svs/lectures/lasa2000/Penfold.htm>.
- Przeworski, Adam.** 1991. *Democracy and the Market. Political and Economic Reforms in Easter Europe and Latin America*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Ramírez Roa, Rosaly.** 1999. "La profesionalización de la vida política en la democracia", *Revista Venezolana de Ciencia Política*, 16 (Julio-Diciembre): 97-118.
- Ramos Jiménez, Alfredo.** 2002. "Los límites del liderazgo plesbicitario. El fenómeno Chávez en perspectiva comparada", in Ramos Jiménez, Alfredo (Ed.), *La transición venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, Mérida: CIPC, 15-46.
- ____.2000. "El liderazgo del "nuevo comienzo". Notas sobre el fenómeno Chávez", *Revista Venezolana de Ciencia Política*, 18 (Julio-Diciembre): 13-31.
- Rey Juan Carlos.** 1989. *El futuro de la democracia*, Caracas: Colección IDEA.
- Roberts, Kenneth.** 2000. "Populism and Democracy in Latin America", ponencia presentada en el seminario: "Threats to Democracy in Latin America", Institute of International relations, University of British Columbia (Vancouver), November 3-4.
- Sartori, Giovanni.** 1999. *Partidos y sistemas de partidos. Marco para un análisis*, Madrid: Alianza Editorial.
- Taguieff, Pierre-André.** 2000. *L'illusion populiste. De l'archaïque au médiatique*, Paris: Berg International.

Urbaneja, Diego. et al. 1997. "Las campañas electorales en América Latina", in Ai Camp, Roderic (comp.), *La democracia en América Latina. Modelos y ciclos*, México, Siglo XXI Editores, p. 242-269.

Vilas, Carlos. 1995. "Entre la democracia y el neoliberalismo: los caudillos electorales de la postmodernidad", in *Socialismo y participación*, 69 (Marzo): 31-43.

Weber, Max. 1995. *Economie et Société*. Vol. 1: les catégories de la sociologie, Paris: Plon.

Weyland, Kurt. 1996. "Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities", *Studies in Comparative International Development*, 31 (3): 3-31.